

**Charlie
Jonas**

LA LIBRERÍA CAFÉ DE LOS GATOS

Libros y gatos bienvenidos

Traducción:

NOEMI RISCO MATEO



MAEVA

Un gato es un auténtico lujo... La chispa de esos ojos te recuerda todo el exotismo escondido en el amigo que tienes al lado, en ese animalito que maúlla de placer cuando lo acaricias.

DORIS LESSING

LLOVÍA DESDE HACÍA horas. Susann Siebenschön estaba junto a la ventana contemplando los altos árboles verdes de la calle Eichendorff, que en ese caprichoso día de abril no le proporcionaban ningún consuelo. A su lado estaba Mimi, que, sentada en el alféizar de la ventana —blanca como la nieve y erguida como una esfinge—, observaba fijamente la cortina gris plateada plagada de incontables gotitas.

—Qué mal tiempo hace —dijo Susann.

Mimi no contestó. Era una gata y, como todos sabemos, los gatos no son especialmente habladores.

—Puede que sea cierto que Colonia es la ciudad más bonita del mundo —continuó Susann—, pero sin duda aquí llueve demasiado. Bertold decía siempre que esto es un viejo foco de lluvia.

Suspiró afligida. Por supuesto, no se trataba solo del tiempo. La había dejado preocupada la conversación con el doctor Kugelmann, el cariñoso traumatólogo rubicundo con un apretón de manos firme que la había visitado aquella mañana.

—Bueno, señora Siebenschön —le había dicho mientras retiraba la radiografía del panel de luz y se dejaba caer en su silla—. Tarde o temprano va a necesitar una cadera nueva. Si empeoran las molestias, yo no esperaré demasiado. Moverse desde luego ayuda, qué quiere que le diga... Cuanto menos peso en las caderas, mejor, ¿no?

Se la quedó mirando, sonrió con complicidad y se apoyó las manos un instante en el vientre, que se curvaba bajo la bata

blanca de médico. Susann lo miró sintiéndose un poco culpable, consciente de pronto de los diez kilos que había ganado en los últimos años. Se colocó bien el pañuelo de flores y se propuso comer menos pasteles a partir de ese momento.

El médico se recostó en su asiento y juntó las manos en un gesto benévolo.

—Hay que reconocer que el clima en la región de Colonia no le sienta nada bien a nuestros huesos débiles. En una zona más cálida se encontraría mucho mejor, pero eso no siempre puede escogerse, ¿verdad?

La mujer negó con la cabeza apesadumbrada.

—¿Qué edad tiene usted ahora? —Le echó un vistazo al ordenador—. ¿Setenta y tres? Bueno, todavía le queda vida por delante... por así decirlo. —Se rio para animarla mientras Susann cada vez se hundía más en la butaca de enfrente—. Venga, señora Siebenschön, no se desanime tanto. Una operación de cadera ya no es nada del otro mundo. En unos meses volverá a saltar por ahí como una alegre cervatilla.

Y mientras el doctor Kugelmann ensalzaba las ventajas de una articulación de titanio con los ojos iluminados —los ortopedas eran ortopedas—, Susann caía en un profundo abatimiento.

—En realidad, se puede considerar incluso operar las dos caderas, porque la mayoría de las veces la artrosis no deja las cosas a medias —continuó el doctor—. Hemos obtenido muy buenos resultados con ese método. Espere... —Tecléo entusiasmado y giró el monitor en dirección a Susann—. ¡Mire este vídeo de tres minutos, le sorprenderá!

Ella se puso pálida y se negó a verlo con un gesto de la mano. De algún modo la conversación estaba tomando un camino que no le gustaba.

—Tal vez pida una segunda opinión... —susurró.

—¡Claro, hágalo! —respondió Kugelmann alegre mientras depositaba sobre el escritorio un folleto informativo que la

mujer se metió en el bolso—. Deje que la cabeza lo procese. No tiene que ser la semana que viene —dijo para despedirse mientras le espachurraba la mano y sus ojos azules brillaban vivarachos tras las gafas—. En todo caso, aquí estaré esperándola. —Y, al darse cuenta de su vacilación, añadió—: Pero será mejor que usted vaya haciéndose a la idea. Al final tendrá que aceptarlo.

Susann Siebenschön huyó de la consulta. En un arranque de terquedad, dejó el ascensor que había a la izquierda y bajó las escaleras. «Aún funcionan», pensó, y notó que no tenía ninguna gana de hacerse a la idea de que le clavaran un tornillo de titanio en el fémur. Así que decidió pasar por la panadería Schneider a comprarse un buen trozo de pastel de mantequilla.

Cuando llegó a casa un poco más tarde, después de quitarse el chubasquero mojado y dejar en el vestíbulo el paraguas desplegado para que se secase, le sobrevino el impulso de descolgar el teléfono y llamar a su mejor amiga Lo. Ella le habría dicho que los traumatólogos siempre querían operar enseguida —«¡Ya se sabe, son carniceros!»— y después se habría sacado de la manga un ejemplo de un amigo de un amigo que, con el mismo diagnóstico, se había apuntado a un grupo de senderismo y ahora trotaba la mar de contento con sus propias caderas por el bosque.

—Tú no te rindas —le decía siempre Lo en broma a la vez que la señalaba con el dedo índice—. De la infelicidad nadie sale feliz.

Y tenía razón. No servía de nada, y menos a una misma, trasladar esa desgracia a su mejor amiga. Con una sonrisa, absorta en sus pensamientos, Susann se puso a acariciar el pelaje de Mimi. Y mientras el ruido de la lluvia se mezclaba con el suave ronroneo de la gata, pensó que Lo tenía el don especial de hacer reír a la gente. De hacerles la vida más fácil. Su amiga también había sido quien había estado a su lado tras la muerte repentina de Bertold hacía cinco años.

Susann Siebenschön suspiró profundamente al volver a pensar en aquel año aciago, en el que como cada mayo había ido con su marido a Ischia para disfrutar del esplendor de las flores de la isla volcánica en el mar Mediterráneo, de la buena comida y el poder curativo de las cálidas aguas termales. Era un viaje que esa vez debería hacer sola, pues el excursionista de Bertold, que era ocho años mayor que su mujer, en aquellas vacaciones exhaló el último suspiro tan tranquilamente en la cumbre del monte Epomeo, con una copa de vino tinto y un plato de sabrosa *bruschetta*.

Susann se acordaba muy bien de aquel instante, cuando Bertold retiró su plato, se recostó con un suspiro de satisfacción y dijo:

—No hay unos *pomodori* como estos en el mundo. —Dejó vagar la mirada por el hermoso paisaje verde, que se extendía hasta el mar que los esperaba abajo, a lo lejos—. Mira lo bonito que es todo esto, Susannita. ¿No es como un paraíso?

Con aquellas palabras cerró los ojos para echarse una siesta al sol. O eso pensó ella. Tras un cuarto de hora, a Susann le quedó claro que esas habían sido sus últimas palabras. Y cuando regresaron a Alemania —ella en un vuelo de Alitalia y Bertold en un ataúd—, y tras pasar unos días terribles, Susann se juró a sí misma no volver a poner el pie en la isla donde había pasado tantas vacaciones maravillosas con su marido. Al menos Bertold, que trabajó como agente de seguros durante muchos años, había sido lo bastante prudente como para contratar un seguro de viaje que contemplaba el transporte del cuerpo en caso de fallecimiento, una suerte en una situación tan triste. Y, a pesar de su dolor, ella había quedado profundamente impresionada por la competencia y la amabilidad con que la tripulación se había ocupado de ella y de los restos mortales de su marido.

—¡Madre mía, un ataque al corazón en el Epomeo, menuda pesadilla! —dijeron sus amigas cuando se enteraron de la mala

noticia y fueron corriendo a consolar a Susann—. Pero, por otro lado, se fue en un momento feliz. ¡Qué muerte más bonita! Todos deseábamos algo así. —Después añadieron—: Estarás mejor con el tiempo. La vida sigue adelante...

Y la verdad es que la vida siguió adelante o, mejor dicho, simplemente siguió, pues para Susann era bastante triste; a menudo también se sentía muy sola, conforme pasaban los días, las semanas y los meses sin su fiel marido, que había estado con ella siempre, en los buenos y en los malos momentos. A veces también se enfadaba un poco con Bertold por haberse largado y haberla dejado abandonada. No habían tenido hijos debido a que ella, cuando era joven, había cometido la irresponsabilidad de salir a pasear con un vestidito fino en una noche bastante fría de principios de verano, lo que le ocasionó una fuerte inflamación del bajo vientre. Pero el amor que sentía Bertold por su mujer no había disminuido ni un ápice por ello.

—Nos tenemos el uno al otro y eso es lo importante —decía siempre.

Pero ese era el problema ahora, que ella ya no le tenía a él. Ya no existía un «nosotros»; Bertold ya no estaba, y ya no la llamaba Susannita ni le señalaba partes divertidas o noticias destacadas del periódico.

Su amiga Lo la había ayudado mucho durante todo ese tiempo; ella era alguien que arreglaba las cosas, y Susann estaba segura de que la habría aconsejado bien sobre sus caderas doloridas.

Pero Lo tampoco estaba allí. Se había «ido», como decía la gente cuando alguien moría pasados los sesenta. Como si las personas solo cambiaran de lugar.

Por supuesto, todavía le quedaban otras amigas y conocidos. Eso siempre suele ser así si se vive en una ciudad como Colonia, en un barrio donde la gente se habla por la calle y en el que la panadera te pregunta por la mañana: «¿Cómo está hoy, señora Siebenschön, va todo bien?», y lo dice de corazón.

Pero Lo, con su risa contagiosa, siempre había sido la preferida de Susann. «Mañana será otro día», decía cuando asomaban nubes negras en el horizonte y la vida no era tan fácil. «Mañana será otro día» era la fórmula mágica de Lo que había tomado prestada de Scarlett O'Hara, la heroína intrépida de *Lo que el viento se llevó*. Y sí, en teoría cada día que pasaba en la Tierra sucedía algo sorprendente y también bonito. Como aquella tarde, pocas semanas después de la muerte de su amiga, en la que una gatita blanca con los ojos verdes tornasolados maulló de repente, como caída del cielo, ante la puerta de su azotea y pasó caminando contra el cristal. No parecía pertenecer a nadie, así que Susann primero dejó entrar a la invitada sorpresa a su salón y luego a su vida. Aquel había sido un buen día.

Desde hacía un año aproximadamente, Mimi le hacía compañía y se tumbaba por las noches a los pies de la cama de matrimonio que siempre se le hacía demasiado grande. Desde luego que una gata no era un marido, ni tampoco podía sustituir a su mejor amiga, pero Mimi llenaba el piso de vida, y a veces Susann tenía la impresión de que aquella gata blanca no había ido a parar allí por accidente, sino que se la había enviado un alma caritativa con una risa muy contagiosa.

Mientras estaba junto a la ventana de su piso en aquel edificio antiguo, contemplando la lluvia torrencial y meditando sobre la vida, Susann se preguntó en qué momento había empezado a dividir los días en buenos y malos. Hace unos años jamás se le habría pasado por la cabeza decidir, ya lista para dormir, cuando dejaba a un lado su libro, apagaba la lámpara de la mesilla de noche y le daba un beso a Bertold, si aquel había sido un buen día, ni tampoco si se había tratado de todo lo contrario. ¿Era la edad la que le hacía pensar así? ¿Las pérdidas que se le amontonaban? ¿El hecho de que por la noche cada vez dormía peor y que por la mañana, cuando se despertaba, le dolían los huesos con mayor frecuencia? También notaba que se había

vuelto un poco llorona. Le dolían las caderas y el pronóstico del doctor Kugelman era preocupante. Y cuando uno está preocupado, se cree que todo va a salir mal. Susann se retiró de la ventana y estiró los hombros.

Mimi giró la cabeza y la miró inquisitivamente.

—¿Sabes qué, Mimi? Primero vamos a prepararnos un café y luego veremos si todavía este puede ser un buen día.

La gata maulló y saltó del alféizar.

—No hay que rendirse, ¿no? —murmuró cuando al poco el café comenzó a borbotar en la máquina e inundó la cocina con un fuerte aroma reconfortante—. Pero, ahora en serio, ¿qué voy a hacer, Lo?

Se dirigió al salón con el café y el pastel de mantequilla, dejó la bandeja en la mesa de centro y se sentó en su sofá floreado. Mimi se colocó a su lado y se la quedó mirando expectante. Fuera no había dejado de llover, y mientras Susann sorbía el café caliente con cuidado, su mirada se posó en la foto con el marco de plata que había encima del mueble, donde aparecían Bertold y ella en un pequeño restaurante de la pintoresca bahía Ischia Porto. Adivinó el semicírculo de casitas coloridas que se acurrucaban junto al puerto, la buganvilla de color fresa y las clemátides de un azul aterciopelado que trepaban exuberantes por la mampostería, y también las bonitas mesas dispuestas a la sombra. Casi le parecía oler el particular aroma de las flores, del mar y de la parrilla con el que siempre te encontrabas en aquel lugar.

Y de pronto fue consciente de su deseo de estar en la isla. No se trataba de un viaje mental, si no que de verdad quería volver a viajar a Ischia y alojarse otra vez en el Hotel Paradiso, donde siempre la habían tratado tan bien cuando llegaba con Bertold después de su travesía desde Nápoles. Recorrer de nuevo los viejos caminos, beber un Aperol Sour en el puerto de Forio, deambular de Ischia Porto por la lujosa Via Roma hacia Ischia Ponte, pasar por la heladería y las bonitas tiendas hasta llegar al

Castillo Aragonés por un estrecho puente y, una vez allí, tomarse un capuchino en una de las terrazas ubicadas a la sombra de los olivos mientras disfrutaba de las impresionantes vistas al mar, que se extendía hasta el Vesubio...

Por tercera vez aquel día, Susann suspiró profundamente, pero en esa ocasión era debido a unos recuerdos bonitos y felices, con una mezcla de cierta melancolía y una gran nostalgia. Y cuanto más se perdía en los recuerdos, más le gustaba la idea de romper su juramento sagrado y regresar de nuevo, por última vez, a Ischia. A su isla preferida, donde el sol calentaba en primavera y el tiempo era suave y seco.

—Quizá sea la última vez que pueda viajar a alguna parte—murmuró—. *Carpe diem*, Susann. Mientras sea posible.

Miró a su lado, donde la gata estaba felizmente enroscada.

«Pero ¿qué haré con Mimi?».

Susann, pensativa, se llevó el último trozo de pastel de mantequilla a la boca. Desde luego no era fácil encontrar un lugar en el que dejar a la gata. Los perros se podían llevar a una guardería canina o podían viajar contigo, sin embargo, que ella supiera no existían guarderías felinas, y ni se planteaba confiar a Mimi a uno de los cuidadores de gatos que se anunciaban por internet. Tenía que ser una persona de confianza, alguien a quien ella conociera personalmente. Pensó en distintas posibilidades, pero fue descartando una tras otra hasta que de repente le vino a la cabeza la cara de una mujer morena con una boina colocada de forma atrevida. ¡Cómo no se le había ocurrido antes! Leonie Beaumarchais, una profesora que vivía desde hacía un tiempo unas casas más allá, en la calle Otto. Era la candidata ideal. No es que fuera su amiga, pues había mucha diferencia de edad entre ambas, pero Leonie había sido simpática con ella desde el principio y había habido algunos momentos en los que se habían acercado y descubierto que tenían unas cuantas cosas en común.

Al principio se habían topado un par de veces en la calle, en la carnicería de la calle Landmann o en la floristería, y Susann se había fijado enseguida en la joven que siempre iba vestida de forma tan particular. La nueva vecina tenía esa cualidad especial, mucho encanto, y su sonrisa era un poco más fina que la de la mayoría de las personas. Se saludaban con cordialidad cuando se encontraban, intercambiaban trivialidades como suelen hacer los vecinos, y, cuando coincidían en la pequeña tienda de quesos y vinos al final de la calle Eichendorff, donde a las dos les gustaba comprar porque sabían apreciar un buen emmental y un agradable vino tinto, mantenían una conversación sobre si el Comté envejecido veinticuatro meses iba mejor con el pan de ajo silvestre casero o si era preferible un Brie de Meaux.

—¿Beaumarchais? ¿Es un apellido francés? —le había preguntado Susann con gran interés cuando Leonie se presentó a la salida de la tienda, donde se quedaron un rato charlando.

Resultaba que la joven de la boina en realidad era medio francesa y había pasado su infancia en París. Su padre, natural de Lyon, trabajaba en el Ministerio de Asuntos Exteriores, pero gracias a su madre alemana, Leonie se sentía como en casa con los dos idiomas. De hecho, hablaba la lengua materna sin ningún acento, y daba clases desde hacía dos años en un colegio en Neuehrenfeld tanto en alemán como en francés. A los dieciocho años, Leonie se había mudado de nuevo con su madre a Düsseldorf, donde había hecho la selectividad y más tarde había terminado la carrera. Respecto a qué había sido del padre, no mencionó ni una palabra en aquella tarde de sábado soleada. Entonces se había producido una breve pausa curiosa y Susann, por supuesto, no había preguntado nada. Al fin y al cabo, era una señora discreta.

—Bueno, que tenga un buen día. Me ha encantado conocerla.

—Lo mismo digo.

Cogieron sus bolsas y se fijaron que iban en la misma dirección.

—¿No le resultó difícil mudarse de París a... Düsseldorf?

¡Precisamente a Düsseldorf! Como la mayoría de coloneses, Susann tenía un gran prejuicio respecto a la capital del Estado federal y sus habitantes.

Leonie Beaumarchais había negado con la cabeza al cruzar el cinturón Ehrenfeld y continuó caminando por la zona más tranquila de la calle Eichendorff.

—¡Qué va! Aparte de todo lo demás, fue bastante bien. —Leonie levantó las cejas—. ¿Sabe lo que dicen en Düsseldorf? Que es como un pequeño París —dijo, y Susann tuvo la ligera sospecha de que *mademoiselle* Beaumarchais, con su naricita respingona, estaba claramente orgullosa de venir de la «elegante» Düsseldorf.

—¿Sabe usted lo que dicen en Colonia?

Leonie inclinó la cabeza a un lado, mirándola de manera inquisitiva.

—No. ¿Qué dicen en Colonia? —había preguntado con inocencia.

Era evidente que ignoraba la perpetua rivalidad entre las dos ciudades del Rin.

—Colonia es un sentimiento —había respondido Susann sin poder ocultar del todo el orgullo en su voz.

—¡Oh! —Leonie se rio alegre—. Sí, de eso también me he dado cuenta. ¿Sabe, señora Siebenschön? La verdad es que estoy contenta de que me hayan dado la plaza en Colonia y no en Düsseldorf. Pero no se lo diga a mi madre. —Le guiñó el ojo con complicidad—. Colonia tiene tanta vida, y aquí las personas son abiertas y tolerantes. Y también hay barrios, igual que en París. A veces me recuerda a nuestro Barrio Latino, por el que me gustaba ir de adolescente. Todas esas tiendecitas y esa actividad... Se vive de manera muy relajada. Y aunque algunas partes de la

ciudad no estén tan limpias y bonitas como deberían, Colonia tiene su propio encanto.

Susann Siebens Schön asintió con la cabeza, entusiasmada. Le encantaba oír aquello, claro. *Mademoiselle* Beaumarchais le gustaba cada vez más, y mientras paseaba a su lado con aquel vestido fino de verano y los zapatos rojos con hebilla, le pareció ver en aquella mujer grácil de ojos oscuros una versión más joven de sí misma. Y resultó que a Colonia y París les unía mucho más de lo que al principio había pensado. ¿Quién, sino los coloneses, dominaba el tan alabado *Savoir-Vivre*? ¿Y a decir verdad, cuál era la diferencia entre *C'est la vie* y «Las cosas son como son» que se decía en colonés, o entre *Chacun à son goût* y «Para gustos, los colores»? ¡Y luego estaba la catedral de Colonia! Que era tan magnífica como la de Notre Dame y que, por desgracia, también había estado a punto de quemarse hacía poco. Pero allí seguía imperturbable junto al Rin, velando por la ciudad.

Estaba perdida en aquellos pensamientos tan agradables cuando había oído a Leonie Beaumarchais preguntar:

—¿Y usted? ¿Hace mucho que vive en Colonia?

—Yo he nacido aquí —contestó Susann—. *Home is where my cathedral is.*

Al cabo de un tiempo, las dos mujeres se encontraron una tarde en Pane e Cioccolata, un pequeño restaurante italiano en la calle Otto, donde servían platos sencillos pero sabrosos.

—¡Anda, mira qué bien! —exclamó Susann con alegría al ver a Leonie aparecer por la puerta—. ¿Qué hace en mi italiano preferido?

—También es el mío —respondió Leonie—. El Pane e Cioccolata es, por así decirlo, como una ampliación de mi cocina. Vivo justo enfrente.

Señaló un edificio antiguo al otro lado de la calle.

Susann le había hecho un gesto a su nueva conocida medio francesa para que se acercara a ella.

—¿Quiere sentarse conmigo? ¿O ha quedado a comer con alguien?

—No. —Leonie negó con la cabeza y se retiró el pelo hacia atrás—. Estoy bastante sola aquí. —Tomó asiento y sonrió avergonzada—. No me gusta cocinar, ¿sabe? Pero me encanta la buena comida.

—A mí me pasa lo mismo —había dicho la señora Siebenschön mientras se le iluminaba la cara—. ¡Brindemos por eso!

Le hizo una seña al camarero para que llevara una segunda copa a la mesa y sirviera a Leonie.

—¡Por las buenas vecinas y la buena comida! —brindó Susann.

—*A votre santé* —dijo Leonie.

EN AQUELLA TARDE de finales de verano, que se había alargado hasta la medianoche y le trajo a Susann Siebenschön buenos recuerdos, le había contado a la joven que era viuda desde hacía unos años y desde entonces había ido perdiendo las ganas de cocinar. Y la hermosa Leonie le había confiado que prefería leer libros a pasar horas en la cocina, y, además, después de un par de malas experiencias amorosas, estaba harta de los hombres en general, y de los franceses en particular.

—¡Es increíble lo mentirosos que son! Se te meten en el bolsillo y te susurran *chérie* al oído cuando la siguiente mujer ya les está calentando la cama —había dicho muy indignada mientras ambas comían de postre un tiramisú—. Prefiero quedarme sola. —Rebañó lo que quedaba de mascarpone en su plato—. Para mí los hombres se han acabado.

Susann tomó la mano de Leonie por instinto.

—Tonterías, cariño. ¿Cómo puede decir algo así? Pues claro que habrá más hombres en su vida. Es muy joven aún y no todos son unos mentirosos, también hay unos cuantos buenos ejemplares; créame.

Pensó en Bertold y suspiró melancólica.

—Pero está claro que no para mí —dijo Leonie, que también suspiró.

Permanecieron un rato calladas, cada una sumida en sus propios pensamientos.

—Por lo menos tengo a mi gatita... Mimi... Así no estoy tan sola en mi piso —había comentado Susann al final, mientras Leonie asentía de manera comprensiva.

—¡Eso es maravilloso, los gatitos son monísimos!

—Quizá le vendría bien también tener un animalito.

—Sí... Quizá.

—Pero un perro no, dan demasiado trabajo.

—¡Por Dios santo, no! —Leonie se rio—. Desde luego un perro no. ¿Tengo pinta de sacar tres veces al día de paseo a un perro? Me gusta dormir hasta tarde los fines de semana.

Susann pensó en todo eso mientras estaba sentada en su sofá de flores y Mimi ronroneaba suavemente a su lado. Había dejado de llover y el corazón comenzó a latirle deprisa invadido por la ilusión, pues de pronto lo veía todo claro como el agua. Invitaría a la profesora a comer a Pane e Cioccolata y le pediría que cuidara de Mimi durante dos... No, mejor tres semanas, para poder pasar sus últimas vacaciones en Ischia, las que tal vez serían las últimas de su vida. Si era necesario, lloriquearía un poco y le ofrecería su «punto de vista enternecedor», ese que Bertold siempre decía que cuando alguien lo presenciaba no podía decir que no.

Estaba segura de que Leonie Beaumarchais no le negaría su deseo. Aquella joven le iba que ni pintada: no vivía lejos, estaba sola y le gustaban los gatos.

Y además era una persona sumamente encantadora. A Mimi le iba a gustar.